

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NUMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.

NUMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIODICÓ SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID.....	Un mes..... 1 peseta
	» Trimestre... 2,50 »
	» Año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS	Un Trimestre..... 8 pesetas
	» Semestre..... 6 »
	» Año..... 12 »

RECUERDOS HISTÓRICOS

PROCLAMACIÓN DE LA REPÚBLICA

(DISCURSO DE CASTELAR)

«Dos palabras, porque lo supremo de las circunstancias y lo decisivo de la hora no me permiten decir más. Señores diputados, aquí el partido republicano no reivindica la gloria que sería para él de haber destruido la monarquía; no os echéis vosotros tampoco en cara la responsabilidad de este momento supremo. No; nadie ha destruido la monarquía en España: nadie la ha matado. Yo, que tanto he contribuido á que este momento viniera, yo debo decir que no siento en mi conciencia, no, el mérito de haber concluido con la monarquía; la monarquía ha muerto por una descomposición interior; la monarquía ha muerto sin que nadie, absolutamente nadie, haya contribuido á ello, más que la providencia de Dios.

Señores: Con Fernando VII murió la monarquía tradicional; con la fuga de doña Isabel II, la monarquía parlamentaria; con la renuncia de D. Amadeo de Saboya la monarquía democrática; nadie ha acabado con ella: ha muerto por sí misma. Nadie trae la República: la traen todas las circunstancias; la trae una conjuración de la sociedad, de la naturaleza y de la historia.

Señores: Saludémosla como el sol que se levanta por su propia fuerza en el cielo de nuestra patria.»

LA REPUBLICA

Leyendo á los místicos me he imaginado cómo pudo ser en su vida carnal el Hijo de Dios.

¡La República! Yo he intentado muchas veces en mis exaltaciones de creyente, darle forma humana, hacerla visible y palpable—el ideal hecho carne!

Pero la hermosa figura se me ha aparecido en distintas formas, bajo aspectos diversos; aunque siempre llena de encantos y de gracias, seductora como toda mujer.

Yo la he visto—en mis fiebres imaginativas—semejante á una de esas heroínas de las leyendas, el pelo suelto sobre la espalda, la mirada flameante: las vestiduras rotas, manchada de sangre, indignada y furiosa...—la trágica, pero hermosa, figura de la Revolución!

Y he visto después á la fogosa heroína transformada en plácida matrona: la alba túnica cayéndole en pliegues sobre los pies, como en las estatuas de las diosas, la mirada serena y tranquila; la boca sonriente, sosteniendo en sus manos la balanza y la espada, símbolos de la justicia y de la fortaleza.

Así, bajo esos dos aspectos, tan extrañamente distintos, he visto siempre á la República, representando primero á la Revolución, representando después el Poder.

Miguel Sawa.

VIVAN LAS TINIEBLAS!

—Cadenas y tinieblas pido para ajustarme á los gustos de estos tiempos.

—¿Qué necesidades dices, Sancho?

—No son necesidades, y perdón que así lo crea, mi señor Don Quijote, «Donde fueres, haz lo que vieres, y según la

nata pon la cornata, y al son que me tocan, bailo; no digan negro manteo para bateo, dónde vas, Vicente, donde la gente...»

—Basta, basta, empecatado Sancho, no me aturda con tus malditos refranes, y di pronto lo que quieres decir sin ese endiablado sonsonete.

—Cálmese vuesa merced y oígame, que ni voy á leerle artículo del doctor Pulido, ni se halla vuesa merced oyendo á la Pardo Bazán en el Ateneo... Dije, y digo vivan las cadenas y vivan las tinieblas, porque es tiempo ya de decirlo, puesto que el alcalde de Mahón, y los concejales y el alcalde de San Sebastián y otros alcaldes de otras islas prohíben la representación de las aplaudidas obras dramáticas de los ingenios de Galdós, Cano y Dicenta... y si esto no es hacer cadenas y querer tinieblas, dígame vuesa merced lo que ello es...; además, el obispo de Salamanca y unos jovenatos estudiantes, piden también lo que pidieron en Barcelona contra Odón de Buen otros neos, y en Granada el obispo contra una conferenciante: una ley contra la libertad de la cátedra... Así, bien dije cuando dije: ¡vivan las cadenas y vivan las tinieblas!

—Pero, ¿y qué pretendéis conseguir tú y todos esos señores?

—¿Se acuerda vuesa merced de mi gobierno en la insula Barataria?

—Bien me acuerdo.

—¿No habló á vuesa merced de un D. Pedro Recio, de Tirteafuera, médico del gobernador de la insula?

—Sí, pero no acierto á comprender dónde vas á parar con toda esa babel de refranes, y casos de hablas, ni que tenga que ver Pedro Recio, tu gobierno y la insula con el grito de vivan las cadenas y vivan las tinieblas, que es grito de barbarie.

—A eso vengo, señor. No sea, amo mío, tan impaciente y oígame, que puede que al mismo D. Antonio Cánovas le preste ahora un gran servicio con el consejo que voy á darle.

—No digas desatinos, Sancho; Cánovas es un hombre de gran cultura, escritor enciclopedista, hombre de gran altura intelectual... y hasta un tanto volteriano ó racionalista. Ya tú ves; él ha ayudado á la fundación de los estudios libres y superiores... Con que mal podrá ser partidario de la tiranía del pensamiento ni de las tinieblas.

—Tampoco lo soy yo; pero el gobierno es gobierno, y para gobernar es necesario ajustarse á los tiempos, y éstos que para España corren, lo son de la previa censura y de las fiscalizaciones y de las tinieblas. ¡Vivan, pues, el entremetido censor... la dueña fanatismo y el soplón fiscal! Por lo tanto, pido que mi señor D. Antonio, nombre un Fabié cualquiera para el cargo de médico del espíritu nacional para que haga el servicio de Pedro Recio, natural de Tirteafuera, y así cuando España quiera deleitarse viendo la representación de una obra dramática ó instruirse con las enseñanzas de la Cátedra, Fabié saque su varilla á tiempo y prohíba las representaciones y las enseñanzas, y así se ahorrará D. Antonio el disgusto de que alboroten los obispos y los concejales de España.

Así verá vuesa merced, que cuando España quiera ver el Juan José: La loca de la casa ó La Pasionaria, ó una incoentista obra de Jackson Veyán, Fabié extenderá la varita y dirá: No ha de atender á esas representaciones que son peligrosas y están prohibidas.

¡Pongamos que España quiera hartarse de ciencia, y entonces el médico del alma exclamará:

Onucis saturatio secala: ciencia pésima.

Lo cual quiere decir: Seamos todos buenos y vivan las cadenas y las tinieblas.

LA ETERNA POESIA

RELIGIO

Era solemne el ocaso,
triste avanzaba la sombra:
Hernán me miró y me dijo:
—¿Ante qué altares te postras?
¿cuál es tu Dios? ¿cuál tu Biblia?
¿á tu propio orgullo adoras?
—Si rizos no son de espuma
los éxtasis de tus odas,
si ascuas no son apagadas
que humean y que se ahogan
de la nada en las cenizas
tus inflamadas estrofas,
¿cuál es tu pan y tu cáliz?
¿cuál es el Dios que tú imploras?»

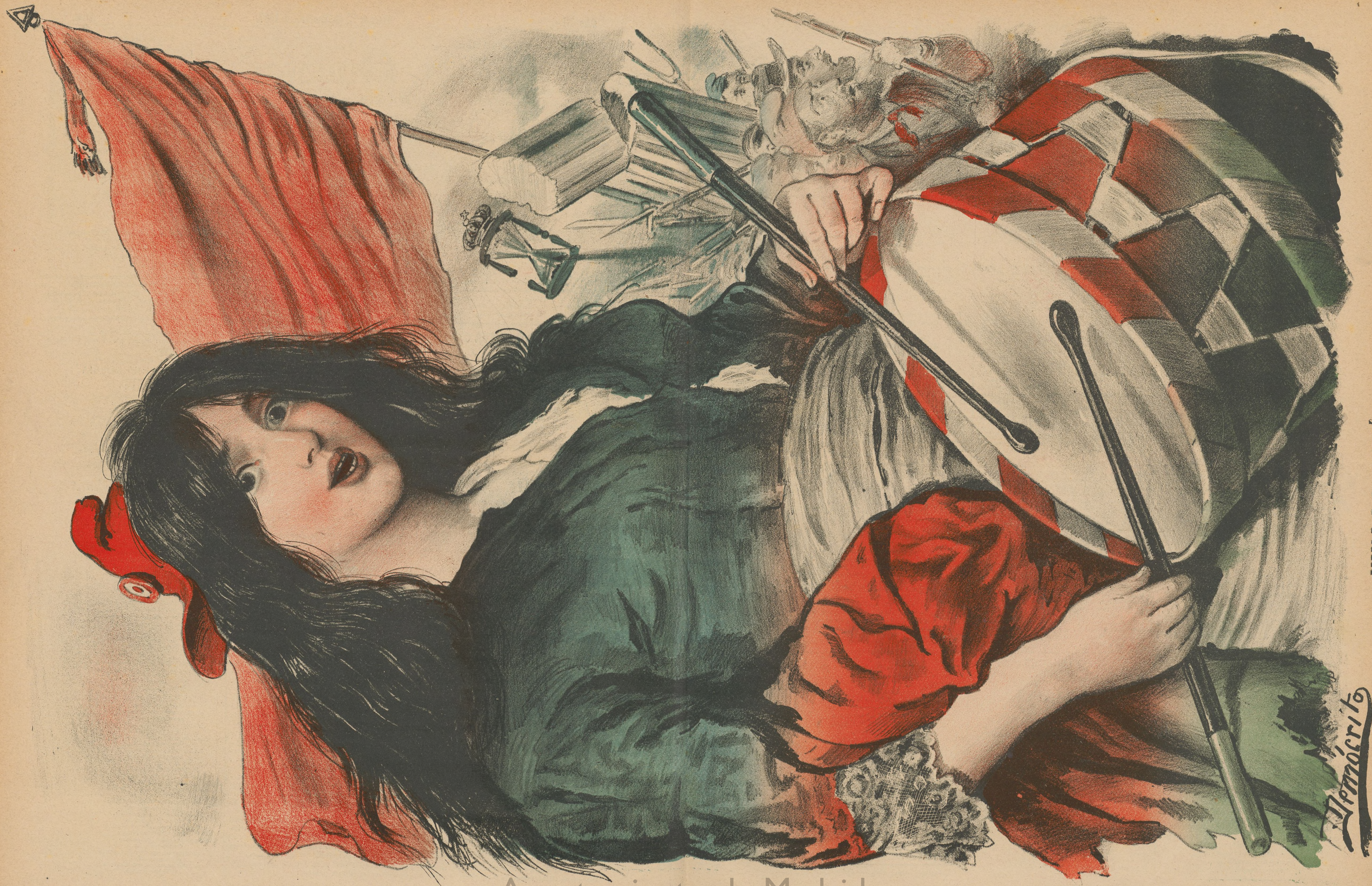
Yo callaba, y él repuso:
—«Dí: ¿por qué sobre las losas
de las sombrías iglesias
no te arrodillas y oras?
Y nuestra senda seguimos
á través de selvas lóbregas.
—«También rezo yo», le dije.
—«¿Dónde? ¿con qué ceremonias
dan tus sacerdotes culto
á ese Dios que jamás nombras?»
—El cielo inmenso es mi iglesia,
y el sacerdote... La bóveda
entonces del firmamento
de luz se vistió dudosa.
La luna subía: todo
se estremecía en las sombras,
el pin, el cedro y el álamo,
el lobo, el buitre y la alondra,
y le dije, al astro de oro
mostrándole: «Dobla, dobla
las rodillas, Dios oficia
y ahora está elevando la hostia.»

Victor Hugo.

EL ESCLAVO

I

La ley inicua que á los hombres daba
diversa condición,
y tomaba en sus cálculos absurdos
como base el color,
hizo esclavo á Lucrecio, que sentía
bajo su negra piel
latir un corazón hermoso y lleno
de noble intrepidez.
La herencia y la costumbre le obligaron
á aceptar su baldón
y á soportar como la mansa bestia
los golpes del señor,
por más que desde el fondo de su pecho
se alzase sin cesar
rudísima protesta, que á sus labios
no asomaba jamás.
La triste suerte del esclavo quiso
nuevo tormento unir
al del bárbaro yugo que sufría,
el que ya era infeliz
al pensar en lo inútil del esfuerzo
que hiciera por romper
la pesada cadena del esclavo
forjada por la ley,
vióse invadido por horrible angustia
el día que sintió
su doble esclavitud, con la cadena
que forjaba el amor.



Ayuntamiento de Madrid

Demócrata

¡ VIVA LA REPÚBLICA !

Las juveniles gracias de la esposa
de su señor cruel
que llamaradas de pasión profunda
abrasaron su ser,
y, ansioso de la dicha o de la muerte,
le confesó su afán,
pidiéndola perdón para su falta...
para su amor, piedad.
Y mostró en sus palabras tal grandeza
y alma tan superior...
que aquello en que la ley y el hombre erraron...
la mujer enmendó!

III
No se dio cuenta del tremendo impulso
que le hizo el puño alzar...
Le dolió el latigazo más que nunca,
demudose su faz,
sintió la sed del crimen, lanzó un grito
de rabia y de dolor,
y el recto brazo convertido en maza,
sobre el amo cayó...
Golpe fatal que ocasionó su muerte!...
Lucrecio, con desdén
miró el cadáver, arrancóle el látigo...
y alejóse después...

III
Camino del suplicio, un compañero
dijo al esclavo así:
—¿No comprendiste que matarle era
condenarte a morir?
—No lo dudé—le respondió el cuitado—
¿Mas qué podía hacer
si el latigazo me dolió en el cuerpo
y en el alma también?
La carne negra acostumbrada al golpe,
se resigna al dolor,
mas si despierta el alma y otros anhelos,
nace la rebelión.
Del letargo de bestia en que vivía
me sacó una mujer...
Me dio la dignidad que me faltaba...
¿Por eso le maté?...
Lo que antes era sombra, de repente
cambióse en viva luz...
[El que es esclavo del amor no aguanta
distinta esclavitud!]
[Hombre que quiere como yo la quiero
no se deja ofender...]
ni tolera en su piel más latigazo
que el beso que ella dé!

Luis de Ansorena.

LAS REFORMAS

(EN EL SALON DE CONFERENCIAS)

—¡Perdimos a Cuba!
—¡Salvamos a Cuba!
—¡Se acabó la guerra!
—¡Ya hay guerra para rato!
—Le digo a usted que una vez planteadas las reformas,
se termina la insurrección.
—¡Pues yo afirmo lo contrario!
—Las reformas son la paz.
—Las reformas son la independencia en un plazo brevísimo.
—¡No sabe usted lo que se dice!
—¡Ni usted tampoco!
—¡Es usted un insolente!
—¡Y usted un animal!
(Gritos, protestas y alguna que otra bofetada.)

(EN EL CAFÉ)

—Le digo a usted, D. Atilano, que ese D. Antonio va a acabar, si Dios no lo remedia, con nuestro ya mermado poderío colonial. Ese hombre está dejado de la mano de Dios. ¿Usted ha leído su proyecto de reformas? ¡Pues no sabe usted lo que es bueno! ¡Una verdadera vergüenza! La Metrópoli, nuestra soberbia España, rindiendo pleito homenaje a las Antillas y humillándose ante ella. Nosotros, los amos, los señores de siempre, convertidos por obra y gracia de D. Antonio, en míseros servidores; más aún, en míseros siervos. ¡A eso ha quedado reducida toda la labor reformadora del presidente del Consejo.

—[Hombre, quiere usted callar! ¡Está usted diciendo verdaderas herejías! ¡D. Antonio, ¿lo oye usted bien? (gritando) es el primer hombre de España! ¡qué el primer hombre! ¡el único! Con su proyecto de reformas ha reintegrado a Cuba en sus derechos y ha asegurado la paz en la Gran Antilla para mientras ésta exista. Los hombres liberales no podemos por menos de aplaudir el espíritu democrático en que se inspiran esas reformas. D. Antonio es el primero de nuestros hombres públicos que se ha atrevido a hacer política colonial, y yo por mi parte le aplaudo sinceramente por sus buenas intenciones.

—¡D. Atilano, no sabe usted lo que se dice!
—¡Ni usted tampoco!
—¡Filibustero!
—¡Reaccionario!
—¡Yankeel! ¡Mal patriota!
—¡Boceras! ¡Petulante!

(Gritos, protestas y alguna que otra bofetada.)

(LA PRENSA)

«Las reformas son una equivocación lamentable.»

«Las reformas son la obra de un gran pensador y de un gran estadista.»

(SINTESIS)

«Pon lo tuyo en consejo,
y unos dirán que blanco
y otros que negro.»

QUISICOSAS

—¿En qué se parece, chico,
un político a un torero?
—En que uno trastea al toro
y el otro trastea al pueblo.

—¿Adónde va usted, buen hombre,
con el burro?

—A ver si puedo
coger un poco de leña,
para calentarme luego.
—Mal pelo tiene ese burro.
—Y tan malo, caballero;
mas si estuviera en la corte
tendría el pelo muy bueno.
Porque a Madrid fué el pollino
del cacique de mi pueblo,
que, lo mismo que mi burro,
tenía el pelo muy feo...
—¿Y qué pasó?

—Que en la corte
echó el pollino buen pelo.

Vicente Rubio.

¡EN ESTE PAÍS!

Hoy, como en los tiempos de Figaro, sirve esta frase de comodín a muchos españoles para hablar de lo que saben y de lo que no saben, exagerando los defectos que creen ver en las cosas de su patria: hoy, como entonces, deben protestar la justicia y el buen sentido contra la manía, funesta y cómica en una pieza de vituperar sistemáticamente el nombre de España, y de mirar con desdeñosa ligereza cuanto lo realza y dignifica, mientras se pretende oscurecer con las sombras de un justificado pesimismo los rayos de luz que puedan hacernos esperar la rehabilitación, más o menos lejana, de nuestro prestigio nacional.

Ya señaló el talento analítico de Larra algunos de los motivos que indudablemente contribuyeron a formar esa atmósfera de prevenciones y desalientos, cada vez más impura y contagiosa. Pasaba el pueblo español en aquella época por un estado de incertidumbre y transición del que todavía no ha salido, y en el que se atendió y se atiende al bien remoto sin conseguir, pero no al bien conquistado cuyas ventajas se disfrutaban habitualmente. La presunción de los que a toda costa quieren elevarse sobre el nivel de la sociedad en que viven, se manifestaba en no pocos jóvenes pedantes como el que describe el gran satírico. Después se han multiplicado los ejemplares de tan antipático original en términos fabulosos, y también ha crecido el número de las personas que, por la sugestión de las frases hechas, por asentimiento irreflexivo a las opiniones corrientes, hablan de España como de una Boecia que necesita recibir el bautismo de la civilización.

Olvidan todos estos malos patriotas que no es tan profunda la decadencia por todos lamentada como pudiera deducirse de sus peroraciones, ni tan omnimoda la superioridad de otros pueblos sobre el nuestro, que deje de compensarse en varias formas, y señaladamente por la ausencia de algunas plagas sociales que suelen nacer de las mismas entrañas del progreso material cuando el aroma de la virtud no impide que se desarrollen, favorecidos por él, los gérmenes de corruptoras pasiones y desenfrenados egoísmos. Por otra parte, sería muy fácil demostrar que los abusos y deficiencias asiduamente denunciados en tono fúnebre como exclusivos de este país, abundan en otros países, salvo la diferencia del más o menos, que no siempre nos sería desfavorable, y que, en todo caso, no muda la especie.

El amor de la patria ha de asemejarse a la piedad filial, y no hay hijo bien nacido que se complazca en denigrar a su propia madre. Las generosas ceguedades del corazón apenas permiten ver nada censurable en el objeto de su cariño.

Admitamos las influencias extrañas que signifiquen un adelanto legítimo, no las que sólo sirven para desfigurar el carácter de la raza, enervando su virilidad. Trabajemos por mejorar nuestra situación, pero no censurándola estérilmente, ni haciendo apologías incondicionales de todo lo exótico, ni dejándonos dominar del espíritu de imitación atropellada que todo lo pervierte y desorganiza, ideas y costumbres, instituciones y lenguaje.

PEQUEÑECES

Atiza a su esposa Ariza
cada mes una paliza,
y es natural que la atice,
pues cuando la atiza dice
la buena mujer: ¡Atiza!

Se casó ayer Petra Aguado
con Conrado Benavente,
y hoy le pregunté a Conrado:
—Dime, ¿qué tal lo has pasado?
—Pues, chico, perfectamente.

Antonio Cilla y Quirós
se unió con Petra Revilla;
al mes murieron los dos,
¡Pobrecillo y pobre Cilla!

Viendo en Cádiz hace un mes
un vapor muy viejo, Hidalgo
dijo al dueño muy cortés:
—¿Me podría usted dar algo
de este vapor, D. Andrés?
Y en vista de que el vapor
no podía estar peor,
fué D. Andrés en seguida
y le dió el palo mayor...
que le dieron en su vida.

—Ayer le pedí a Clavijo
cuarenta duros.

—¿Y qué?

—Me dijo: vuélvase usted.

—Para dárteles, de fijo.

—Para darme un puntapie.

Enrique García Alvarez.

LANZADAS

El obispo de Salamanca, ó sease el tan acreditado padre Cámara, ha mandado a los alumnos de aquella Universidad que no asistan a la cátedra de Derecho penal del Sr. Dorado Montero, por considerar que las doctrinas que éste explica son perniciosas y contrarias a la fe.

Pero, señor, ¡cuándo van a dejar estos padres... de almas de meterse en camisa de once varas!

Y ¡cuándo va a obligarles el gobierno a que cumplan con su deber!

De un periódico:

«La peste bubónica se acerca.»

¡Cielos! ¿si habrá abandonado ya D. Carlos de Borbón el palacio de Viarregio?

De la última junta celebrada por la Compañía Arrendataria de Tabacos resulta que sus acciones producen el 10 por 100.

¡Bonito negocio!

Porque conste, que a eso hay que añadir la subvención que pagan a la Tabacalera las empresas funerarias.

Por el gran número de muertes repentinas que ocasiona el tabaco que fumamos ahora.

Cuatro presos se han fugado
de la cárcel de Granada,
no sabemos si solitos
ó en la agradable compañía
de cuatro lindas princesas
de «pura sangre» y de agallas.

El Sr. Montero Ríos es de opinión que los fusionistas apliquen las reformas de Cuba.

¡Pero qué talento más grande tiene este ilustre canonista gallego!

El Noticiero, de Barcelona, denuncia un escandaloso contrabando de harinas realizado en el puerto de la Habana.

Pero como si nó.

¡Ya verán ustedes cómo no se encuentran los contrabandistas!

De un periódico de gran circulación:

«De la bandera del partido conservador sólo queda el asta; el trapo se lo han llevado a la manigua.»

¡De veras! ¿y qué habrán hecho

con él, querido colega:

¿un taparrabos ó un gorro

para el gran Quintín Banderas?

La cuestión de Creta sigue de mal en peor.

Y el Sr. Castelar ¡siempre péfido! sin decir nada, sin romper una lanza a favor de sus pobrecitos cretenses.

Lo cual que nos extraña sobre manera.

Porque ahora debía nuestro exelocente orador estrechar mucho sus relaciones con el Extremo Oriente.

Aunque no fuera más que para adquirir noticias y apuntar a la Sra. Pardo Bazán, cuando dé en el Ateneo su lección sobre literatura contemporánea en Grecia y en Turquía.

El Sr. Martínez Campos es opuesto a la formación de un ministerio intermedio.

Esto lo dice La Correspondencia para que se entere el Sr. Silvela y El Tiempo.

¡Válganos el Sr. Villaverde, y qué desprestigiada anda ya la daga florentina!

Hasta el espadón de Sagunto la hace ascos.

El arrendar los consumos

propuso Sánchez de Toca.

En el acto protestaron

con fuerza, calor y lógica

nuestros amantes ediles,

y dejaron al alcalde

con un palmo de narices.

Libros:

Viente y cerebro, por Julio Lermira.

Opúsculo filosófico, gallarda y valientemente escrito, publicado por nuestro estimado colega El Motín.

Precio: 50 céntimos.

Por esos mundos, artículos de viajes tan curiosos como bien escritos, por el distinguido periodista Sr. Rodrigo Soriano.

Tomo 49 de la Colección Diamante.

Precio: 50 céntimos.